

un pequeño lienzo en que estaba pintada la *crucifixión*, cuya vista impresionó tanto á aquella alma extraviada, que se abismó en el arrepentimiento, como Pedro en el pretorio por la mirada de su Maestro.

Yo he visto esta pintura y, lo confieso para confusión mía, no me ha causado más impresión que la de que es una obra pobrísima. Pero Dios se sirve de los medios más humildes para producir los más maravillosos efectos. ¿Tendrá mi libro la suerte feliz del Crucifijo de los Capuchinos, como se le asemeja en la medianía? Así lo espero, á condición de que el lector, antes de comenzar ó de volver á leerlo, haga una oración en que su caridad pida á la misericordia de Dios por el autor, profundamente agradecido.

FR. MARÍA JOSÉ OLLIVIER,  
de la Orden de Predicadores.



## LIBRO PRIMERO EN JERUSALÉN.

### CAPÍTULO PRIMERO.

JERUSALÉN EN EL AÑO 34 DE JESUCRISTO <sup>1</sup>.

Jerusalem, quae occidis prophetas  
et lapidas eos qui ad te missi sunt,  
quoties volui congregare filios tuos  
quemadmodum gallina congregat pul-  
los suos sub alas, et noluisti.

MATTH., XXIII, 37.

Sería casi imposible seguir, como conviene, la historia de la Pasión, no teniendo desde luego idea exacta del tiempo y de los lugares en que se verificó. Sólo Jerusalén explica este drama, cuyo cuadro no es posible figurarse

<sup>1</sup> Seguimos la tradición, contra la que no se ha presentado ningún argumento concluyente. Cuanto á la cronología, aceptamos la de Fouard, según el cual Jesús nació el año 749 de Roma, casi cuatro años antes de la era vulgar.

en otra parte, según aquellas palabras tristes del Maestro: «Allí corresponde que mueran los profetas»<sup>1</sup>.

Aunque esta ciudad no hubiera estado predestinada, según los oráculos antiguos<sup>2</sup>, á ser el escollo de la misión de Cristo, lo habría sido por el lugar que ocupaba en el mundo, por su vocación particular, según el modo de ver de los israelitas, el carácter de sus habitantes, las creencias, perjuicios, intereses y pasiones que enlazaban con su recinto y su templo, no solamente á los habitantes de Palestina, sino también á los judíos de la dispersión y los prosélitos de todo el mundo.

El Mesías no podía manifestarse en otra parte, y, por consiguiente, allí tenía que consumarse el sacrificio al que los hombres vincularían su salvación. Todo lo que antecede á la inmolación de la víctima celestial, puede hacerse en otros lugares, en Belén, Nazareth, Cafarnaum, Bethania; pero llegado el momento de la plenitud de los tiempos, Jesús tiene que subir á Jerusalén contando á sus amigos constantes las agonías, humillaciones y sufrimientos de que iba á ser víctima<sup>3</sup>.

Por eso nosotros hacemos lo que él hizo dos días antes de la traición de Judas; y subiendo la pendiente del monte de las Olivas, volvemos hacia la ciudad culpable los ojos arrasados en lágrimas<sup>4</sup>. ¡Oh!, no podemos gritarle: «¡Jerusalén, vuélvete al Señor tu Dios!» No ha llegado el tiempo en que el Señor *reconstruirá sus muros*<sup>5</sup>, que van á derrumbarse muy pronto *sin que de*

<sup>1</sup> LUC., XIII, 33: «Non capit prophetam perire extra Jerusalem.»

<sup>2</sup> ISAI., VIII, 14.—DANIEL, IX, 24-26.—ZACHAR., XII, 10.—Cf. JOSEPH.: *Bell. Jud.*, VI, VIII, 21.

<sup>3</sup> LUC., XVIII, 31: «Ecce ascendimus Jerusalem, et consummabuntur omnia quae scripta sunt per prophetas de Filio hominis.»

<sup>4</sup> Id., XIX, 41: «Videns civitatem flevit super illam.»

<sup>5</sup> PSALM., L, 20: «Benigne fac, Domine, ut aedificentur muri Jerusalem.»

ellos quede piedra sobre piedra<sup>1</sup>, ruinas lúgubres, *guarda de raposas*<sup>2</sup>, y perdidas entre las sombras de una desolación inefable<sup>3</sup>.

Al comenzar el año 34 de Jesucristo, Jerusalén no tenía los límites ni la fisonomía que actualmente; sino que se extendía más al Este y al Mediodía sobre las colinas de Sión y Ophel que al presente están fuera de su recinto, ni comprendía la parte de *Bezetha*, hoy rodeada por la muralla de Agrippa<sup>4</sup>. La superficie que ocupaba era casi la misma, pero el contorno muy diferente.

Para formarse idea de ello, lo mejor es colocarse en frente del muro oriental del Templo, que permanece como estaba en la época de que hablamos, y por tanto nos suministra un punto de partida indiscutible.

Por el Norte, el límite de la ciudad estaba formado por la muralla del *Templo exterior*<sup>5</sup>, con las dos piscinas de las *Ovejas* y del *Avestruz* que le servían de fosos. Corriéndose de Este á Oeste se encontraba la *Torre Antonia*, salediza al lado de *Bezetha*, pendiente entonces cubierta de casas de campo y palacios, pero sin trabajos de fortificación. La Torre formaba con su *forum* un paralelogramo pegado á la muralla de los Asmoneos, ó «segundo muro», que protegía el cuartel de *Akra* comprendido entre el *Moriah* (colina del Templo) al Este, y Sión (ciudad de Jebus) al Sudeste. Al llegar á la puerta actual de Damasco, este muro se replegaba y seguía la dirección de la calle que va des-

<sup>1</sup> MATH., XXIV, 2: «Non relinquetur hic lapis super lapidem.»

<sup>2</sup> THREN., V, 18: «Vulpes ambulaverunt in ea.»

<sup>3</sup> DANIEL, IX, 26: «Vestitus... et statuta desolatio.»

<sup>4</sup> O más exactamente por los muros levantados sobre los restos del recinto de Agrippa.

<sup>5</sup> Bajo el nombre de *Templo ó Hierón exterior* se designan los porticos que cuadraban el primer patio llamado de *los Gentiles*, ó también el conjunto de galerías y patios que precedían al de *los sacerdotes*. Aquí lo tomamos en la primera acepción.

de esta puerta á la de David, de Norte á Mediodía, hasta la base de la altura en que estaba Sión. Continuaba entonces en ángulo recto hacia Occidente, y se unía á la gigantesca aglomeración de construcciones que se llamaba la *Ciudadela* ó el *Castillo de David*, fortaleza inexpugnable al pie de la cual Herodes el Grande había construido su morada definitiva.

Una simple ojeada al plano de la Jerusalén moderna, basta para echar de ver que el *Calvario* se encontraba fuera de las fortificaciones, un poco más allá de la *puerta Judiciaria*<sup>1</sup>, al Oeste de la ciudad, casi en medio del ángulo entrante formado por la prolongación del segundo muro. Esta porción de terreno estaba entonces cubierta de jardines, y no parecía que tan pronto hubiera de entrar en el recinto, puesto que en ella se abrían sepulcros como lo sabemos por el Evangelio<sup>2</sup>. El terreno se elevaba poco á poco en suave pendiente hacia un espacio bastante amplio, donde los Asirios habían instalado antiguamente su campamento y donde más tarde Tito había de establecer el suyo. La *piscina de Ezequías*<sup>3</sup> que se había de hacer célebre durante el sitio del año 70, unía el *Gólgota* y el *Castillo de David*. El trazado de las calles actuales indica muy bien los caminos que entonces debían de conducir desde la *puerta Judiciaria* al *valle de Gihon* y á la gran *piscina de las Serpientes*<sup>4</sup> en el camino de Jaffa.

<sup>1</sup> O *puerta de Ephraim*, según M. de Vogüé (véase el plano de Jerusalén que unió á su estudio sobre el *Templo*).—STAPFER (*la Palestine au temps de Jesus-Christ*, p. 37) quiere ver allí la puerta *Djennath* ó de los *jardines*, que muchas veces se nombra en el Antiguo Testamento: mas esta opinión parece poco fundada.

<sup>2</sup> MATTH., XXVIII, 60.—MARC., XV, 46.—LUC., XXIII, 53.

<sup>3</sup> O *piscina Amygdalon*, por los almendros que la rodeaban.—Cf. JOSEPH: *Bell. Jud.*, V, VI, 4.—SALLEY: *Deriviers Jews of Jerusalem*, p. 224.

<sup>4</sup> La *Birket-Mamillah* de los Árabes.—Es el *estanque superior* de que habla Isaias, VII, 3, y probablemente la *piscina del Dragón*, de Nehemias (ESDRAS, II, 13.)

Desde el *Castillo de David* la muralla se dirigía hacia el Sur, rodeaba toda la cumbre de la montaña de Sión, y volvía á bajar hacia el Este, siguiendo las pendientes que dominan el valle de *Tophet* ó de la *Gehenna*. Donde este valle se une al de *Josaphat*, la muralla franqueaba la garganta del *Tyropéon*, y por las pendientes del *Ophel*, volvía á subir hacia el Templo, al cual se unía debajo de la mezquita *El-Aksa*, es decir, detrás del ángulo Sudeste del *Hierón exterior*. En este sitio se encontraban las dos puertas tan conocidas, la *doble* y la *triple*<sup>1</sup>, por donde Nuestro Señor debió de pasar muchas veces cuando salía del *atrio* para el campo.

El recinto, pues, de la Jerusalén antigua, no comprendía, ni el barrio musulmán, ni el cristiano de la ciudad actual. Al ir aumentándose, la ciudad de David y de Herodes ha seguido la ley que empuja la población al Oeste por lo angosto de las murallas primitivas: además, no podía extenderse por otro lado, ceñida como estaba por los valles de Oriente y Mediodía. En el tiempo á que nos referimos, no se trataba aún de este ensanche, que comenzó Agrippa diez años después, y se concluyó en vísperas de la circunvalación de Tito<sup>2</sup>.

Así descrito el recinto de Jerusalén, parecía encerrar tres ó cuatro ciudades distintas. Con efecto: *Sión* había sido completamente amurallada por David, Salomón y Ozías. *Akra* estaba igualmente cerrada por todos lados. Al espacio comprendido entre el *Moriah* y *Akra* le había puesto Manasés una muralla con baluartes que continuaba las defensas de *Sión*, y se apoyaba en el Templo, como ya

<sup>1</sup> Llamadas por los rabinos *puertas de Hadda*, en memoria de la profetisa (IV REG., XXII, 14.)

<sup>2</sup> Sobre todo lo que precede consúltese á PIROTTI: *Topographie ancienne et moderne de Jerusalem*;—al doctor JONOX: *L'Authenticité du saint Sépulture*;—etc.

lo hemos dicho. Finalmente, el circuito de *Amygdalón* estaba defendido con una cuarta muralla que levantó Ezequías entre el *Castillo de David* y la *puerta Judiciaria*, abierta en el costado occidental del *Acra*. Este último cerramiento parece en verdad que no fué más que un recuerdo desde los trabajos emprendidos por los Asmoncos; de modo que nosotros comprobamos solamente cuatro cuarteles: el del *Templo*, el de la *Ciudad alta*, ó antigua *Jebus* en la cumbre de Sión, el *Xixto*, que es la parte inferior de la misma colina con el *Tyropeón* unido al *Ophel*, y el de la *Ciudad baja*, ó de *Acra*.

El terreno, muy desigual, daba á este conjunto un aspecto de lo más pintoresco. Se pasaba del Templo al Xixto por un puente sobre el *Tyropeón*<sup>1</sup>: de Sión á la Ciudad baja se descendía por inmensa escalinata que bajaba por la cuesta de *Melo*. Los altos muros trazados sobre las crestas estaban dominados por torres colosales, que eran: sesenta en el primer recinto (calle de los Reyes), catorce en el segundo (calle de los Asmoneos), sin contar la Ciudadela Antonia.

Protegida Jerusalén al Este y Mediodía por valles profundos, y al Norte por el Templo, que era una verdadera fortaleza, sólo era accesible por el lado de Occidente, que fué por donde siempre la atacaron sus agresores, Nabucodonosor, Tito, Cosroes, y Godofredo de Bouillon. Y aun por este lado era una plaza muy fuerte, asegurada además con un refugio casi inexpugnable, en el Templo y en la Ciudad alta, para el caso de un desastre. Por desgracia para ella, á causa de su poca extensión<sup>2</sup> era fácil

<sup>1</sup> STAFFER (*la Palestine*, p. 59) nos parece que se equivoca al colocar el Xixto en el fondo del Tyropeón, de tal suerte, que habría estado debajo del puente echado entre el Templo y la Ciudad Alta.

<sup>2</sup> Su perímetro era de 33 estadios ó 6,600 metros, según Josefo (*Hell. Jud.*, V, XIII, 4), después del ensanche de Agrippa; pero el muro de Be-

un bloqueo, y el bien que en tal caso podía ella esperar era la paz, como lo indica su nombre profético, la *Ciudad de la Paz*<sup>1</sup>.

Propiamente hablando, Jerusalén no había sido nunca una ciudad comercial ó industrial<sup>2</sup>, ni siquiera en los mejores días del reinado de Salomón, cuando acudían alrededor del monarca legendario los artistas y los traficantes del mundo asiático. Herodes el Grande tampoco había cambiado, desde este punto de vista, la índole de su capital, aunque llamó á ella, por causa de las grandes construcciones en que empleó la mitad de su vida, todo un pueblo de artesanos y de hombres emprendedores<sup>3</sup>. El genio comercial é industrial de los Judíos no se mostró ciertamente dentro de Israel, por más fastuosas y espléndidas que fueran sus costumbres inveteradas.

No era tampoco una ciudad de placeres, á lo menos desde la cautividad de Babilonia, ruda lección que había refrenado las orgías idolátricas de Bual y de Astarté. Los *bosques sagrados* y los *lugares altos* no eran ya más que recuerdos, como las hogueras de Moloch y las pirámides de Aschur. El malsano regreso del paganismo griego con Antíoco Epifanes, no había devuelto gran vitalidad á las regocijadas fiestas de antaño, y la espada de los Macabeos se encargó pronto de purificar el atrio del Templo. Bajo el reinado de los Asmoneos, Jerusalén había tomado el aspecto de esas ciudades orientales que todos conocen; capitales de príncipes no fáciles de definir, á veces inteligentes, frecuentemente opresores, siempre caprichosos,

zelta tenía 1,800 metros, según este cálculo. La población parece que era de cien mil habitantes (V. JOSEFO: *Contra Apion*, I, 22.)

<sup>1</sup> *Hierusalaim, Pacis visio, ó Gaudii possessio.*

<sup>2</sup> GUÉLIN: *Jérusalem*. — STAFFER: *la Palestine*. — Etc.

<sup>3</sup> JOSEFO eleva á 18,000 los obreros que quedaron sin trabajo cuando cesaron las obras del Templo (*Antiq. jud.*, XX, ix, 7.)

que salen del harem para darse á conocer con el brillo pasajero de la victoria ó los caprichos sanguinarios de lo que ellos llaman justicia.

Herodes había puesto aún más sombrío el cuadro, ciertamente contra su voluntad, pues se propuso transformar la vieja ciudad en una metrópoli oriental y griega á la vez, en un centro donde se dieran cita todas las elegancias y todas las seducciones. No contento con aposentarse en un palacio que hubiera podido llamarse la octava maravilla del mundo, había construido para el pueblo un anfiteatro, un hipódromo y un teatro, donde se daban espectáculos, corridas y juegos dignos de Atenas y de Roma <sup>1</sup>. Allí se presentaba, en medio de su familia y su corte, rodeado de un fausto deslumbrador, seguido de una turba de extranjeros, griegos, latinos, egipcios, germanos y galos, ligados á su fortuna ó atraídos por su reputación. Pero el pueblo judío se mantenía apartado, maldiciendo con cautela; pues no hubiera sido prudente censurar en voz alta esas profanaciones de la ciudad de Jehová. La policía del tirano era numerosa y diligente; una palabra podría haber costado la cabeza <sup>2</sup>. Se comprende sin trabajo que tampoco Jerusalén estaba contenta; las hazañas sanguinarias de Herodes llamaban la atención más que los pasatiempos de sus bufones y que los trabajos de sus operarios.

Para ganarse la admiración, ya que no la estima y simpatías de su pueblo, pensó sobre todo en restaurar el Templo, que amenazaba ruina y había venido á estar indigno de su destino <sup>3</sup>. Convirtió esta idea en realidad que sobrepujó á todas las esperanzas, y desarmó casi por

<sup>1</sup> JOSEPH.: *Antiq. Jud.*, XV, viii, 1.

<sup>2</sup> LEDRAIN: *Hist. d'Israël*, II, 331.—SAULOX: *Hist. d'Herode*, p. 183.

<sup>3</sup> PERRAT et CHAPIZ: *Hist. de l'art*, IV, 205.—Cl. JOSEPH.: *Antiq. Jud.*, XV, xi, 1.

completo el odio, al menos por algún tiempo. Ensanchó la plataforma del Moriah con trabajos gigantescos, la encerró en una serie de pórticos con columnas de mármol, artesonados de cedro y pavimento de mosaico, y la puso en comunicación con la ciudad y los valles por medio de puertas que todavía hoy son una maravilla.

En medio se levantaba el *Templo ó Hierón interior*, es decir, el santuario precedido de sus tres atrios, que eran: el de las mujeres (*Azarath Naschim*), el de los hijos de Israel (*Azarath-Ischral*), y el de los levitas ó sacerdotes (*Azarath-cohanim*). En el primero de estos atrios estaba el *Gazophylakion* ó Tesoro, de que hace mención el evangelista San Marcos á propósito del denario de la Viuda <sup>1</sup>. Se pasaba al segundo por la incomparable puerta de bronce á la cual Nicanor había unido su memoria, y que algunos autores creen encontrar en las *Actas de los Apóstoles*, bajo el nombre de *Speciosa*, la *Hermosa* por antonomasia <sup>2</sup>. En el atrio de los sacerdotes se levantaba el altar de los holocaustos, que estaba delante del Santo (*Hécal*), y en el testero de éste se abría el *Santo de los Santos*, (*Débir*), cerrado con un velo de seda bordada con vivísimos colores.

Todo el edificio era de mármol blanco, revestido interiormente de cedro y orfebrería. El techo del santuario estaba guarnecido de agujas relucientes que le asemejaban al centelleo de un astro, de modo que, visto de lejos, el templo parecía una *montaña de nieve* <sup>3</sup>, teñida de púrpura y oro por los rayos del sol saliente.

La dedicación la hizo Herodes en el mes de Junio, el

<sup>1</sup> MARC., XII, 41.

<sup>2</sup> Acr. APOST., III, 2.—Según otros, que nos parece aciertan, el nombre de *Speciosa*, *επαία*, pertenece á la Puerta oriental, actualmente *puerta Dorada*.

<sup>3</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, V, xiv, 13.

año décimoctavo de su reinado, con una pompa que igualó, si no aventajó á la que nos ha transmitido el libro segundo de los *Paralipómenos* <sup>1</sup>.

Se comprende, pues, fácilmente que la restauración del Templo produjo el efecto de reanimar extraordinariamente la veneración á la Ciudad Santa, que de día en día fué objeto de numerosas peregrinaciones, sobre todo en las grandes solemnidades, y muy particularmente en las Pascuas. Si no hubiera documentos auténticos que nos atestiguaran el ardor de los Judíos de Palestina y de la dispersión en tales épocas del año, nos costaría trabajo creer lo que pasaba. Cerca de dos millones de hombres, y á veces más, es el número que repetidas veces se hizo contar oficialmente por las autoridades locales á petición de los gobernadores romanos <sup>2</sup>. Entre esta muchedumbre se hablaban todas las lenguas, seguíanse las costumbres más diversas, se observaban los ritos más diferentes; pero sin que esto quitara nada al amor tradicional de la *Ciudad de Dios* <sup>3</sup>, en medio de los hombres, destinada á ser un día la capital del reino universal que había de fundar el Mesías.

El verdadero carácter de Jerusalén era el de las ciudades santas del Oriente en los tiempos antiguos y en los modernos, Delphos, Éfeso, Benares, Lhasa, La Meca, etc. Era un centro de reunión para los creyentes, un foco de vida religiosa con cierto misticismo y gravedad en las costumbres y en las maneras, puritanismo siempre orgulloso y próximo á degenerar en fanatismo. El Judío, sólo porque habitaba en los alrededores de Sión, miraba con menosprecio al Galileo vecino de los Gentiles, y des-

<sup>1</sup> II PARALIPÓM., VII, 3 10.—JOSEPH.: *Antiq.*, XV, XI, 4.

<sup>2</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, VI, IX, 3.—*Cl. Tabnaud (Echa Rabboth, p. 62.)*

<sup>3</sup> PSALM., LXXXVI, 3: «Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei».

preciaba mucho más á su compatriota que tuviera que vivir entre los extranjeros <sup>1</sup>: abominaba al heterodoxo Samaritano y trataba de cismático al Alejandrino <sup>2</sup>; si el prosélito encontraba gracia delante de él, era á fuerza de humildad y de generosidad para el Santuario. Más alto picaba aún el orgullo y desdén del ciudadano de la Ciudad Santa: pertenecía á una casta superior iluminada con más puros rayos de la Verdad, refrigerado en las aguas vivas de la doctrina, parte integrante de la doctrina misma y guardián titular de la Verdad.

Con efecto: ¿los doctores de la Ley no repetían todos los días para él, bajo los pórticos del Templo, las enseñanzas misteriosas y las discusiones sutiles, que el peregrino sólo gustaba de paso, como los soldados de Gedeón bebían en el hoyo de la mano el agua del fugitivo torrente? <sup>3</sup>. ¿No era el discípulo asiduo, atento, apasionado de los *rabinos* venidos de las cuatro partes del mundo para derramar su saber en el tesoro acumulado para el jerosolimitano? ¿No era él quien consagraba con su aplauso, si no inspiraba, el talento de aquellos maestros, y no era su aprobación la mejor recompensa de la elocuencia y la virtud de ellos? El venturoso morador de Jerusalén se pavoneaba detrás de los purísimos Fariseos y de los doctísimos Escribas, como los soldados del *Emperador* en un día de triunfo, triunfo que para el jerosolimitano comenzaba con la aurora de cada día y parecía no tener ocaso.

Su orgullo sufría demasiado con la humillación, ya algo antigua, á que le condenaba la ocupación romana. Esto, sin embargo, tenía alguna compensación. César hacia ofrecer, en su nombre propio, dos sacrificios cada

<sup>1</sup> RENAN: *Vie de Jésus*, p. 208.

<sup>2</sup> STAPPER: *la Palestine au temps de Jésus-Christ*; préface, p. 3.

<sup>3</sup> JUDIC., VII, 6: «Mau ad os projicente lambuerunt aquas.»

día: en el recinto sagrado brillaban por todas partes las pruebas de su munificencia para con el Templo y de su veneración al Dios de Israel<sup>1</sup>. Los procuradores hacían respetar las prescripciones religiosas de Moisés con tanto euidado como los decretos del Emperador.

Por otra parte, el yugo de Roma era ligero, y había la persuasión de que sería transitorio. No se había hecho cambio ninguno esencial en los hábitos tradicionales del pueblo, que seguía gobernándose por sus propias leyes<sup>2</sup>. Verdad es que pagaba tributo, mas no por eso dejaba de tener su tesoro especial en el Santuario, asilo inviolable que Tiberio quería ver respetado. El derecho de imponer pena capital, *jus gladii*, no pertenecía ya á sus tribunales; pero había confianza de que los procuradores ratificarían en caso necesario las sentencias del Sanhedrin. A los herederos de Salomón habían sucedido en la historia los Asmoneos, y el hijo de Herodes así contaba con el favor imperial como con las simpatías del pueblo; pero los tiempos del Mesías se acercaban, volvería á florecer la gloria de David, y el reino de Judá recobraría los pasados esplendores. Así, cuando el Judío echaba de ver al centinela incircunciso en el pórtico septentrional del atrio, un sentimiento mezclado de compasión y de cólera le dominaba: *este perro*, decía<sup>3</sup>, no profanará por siempre la tierra santa, y, ¡qué gozo tan incomparable será echarlo bien lejos de las fronteras que nunca jamás volverá á pisar!

La esperanza del Mesías era el alma de la vida judaica; á medida que avanzaban los tiempos, estaban todos

<sup>1</sup> JOSEPH.: *Bell. Jud.*, V, XIII, 6. — SÆTON.: *August.*, 93. — PHILO.: *Legat. ad Cæsum*.

<sup>2</sup> Había lo que llamaban los antiguos: «libertas cum propriis legibus».

<sup>3</sup> Mote familiar á los Judíos. — II REG., XVI, 9: «Quare malediciti cauis hic?». — APOC., XXII, 15: «Foris canes!». — Los musulmanes lo aplican hoy día á los *infieles*, cristianos, judíos ó paganos.

más vivamente preocupados é intranquilos. Ensayábanse todo género de cálculos para precisar rigurosamente la hora de manifestarse el Cristo é inaugurar su reino<sup>4</sup>. En los días á que nos referimos, todo Israel está alerta. Ana y Simeón lo han dicho el día de la Purificación de María<sup>5</sup>. Á Juan Bautista se lo aseguran por su boca los del Sanhedrin, preguntándole *si es el Cristo*<sup>6</sup>. La Samaritana se lo dice á Jesús junto al pozo de Jacob<sup>7</sup>. ¿Pues cómo es que la respuesta de Cristo á los Fariseos: *Yo soy el Mesías, el Hijo de Dios y redentor de Israel*, no produjo más efecto que irritar á los Judíos y lanzarlos al deicidio?

El error se debe al carácter de aquella generación, á la enseñanza que prevealecía, á la decadencia de la vida religiosa entre los fieles de la dispersión, y á las pasiones de los que manejaban á Israel.

Imbuídos los Judíos por antigua tradición en ideas poco exactas tocante al Mesías, soñaban más que nunca verlo como un libertador semejante á los antiguos Jueces ó á los Macabeos, con más espléndida aparición, más extensas conquistas, y más duradero reinado. Esperaban nada más que un monarca humano con la confianza de participar de los bienes temporales, de que seguramente colmaría á sus fieles comenzando por los hijos de Abrahám<sup>8</sup>.

Jesús no se parecía ciertamente á este tipo imaginario del Mesías. Además, chocaba de frente con la enseñanza

<sup>4</sup> CHAMPAGNY: *Rome et la Judée*, I, 32-40.

<sup>5</sup> LUC., II, 25-38.

<sup>6</sup> JOANN., I, 19-27. — Cf. LUC., III, 15.

<sup>7</sup> Id., IV, 25: «Scio quia Messias veni, qui dicitur Christus.»

<sup>8</sup> Véase sobre esto á M. el abate FREMONT: *Jesus Christ attendu et prophétisé*, t. II (année 1885). — Cf. CHAMPAGNY: *Rome et la Judée*, I, 34. — La curiosa nota que puso S. CAHEN en la pág. 231 del tomo IX de su *Biblia* (ISAÍAS, *ad calcem*), nos hace ver cómo los Escritas podían discutir y negar el carácter mesiánico de Jesús.

rabinica cuyas ridiculeces y odiosidad hacía ver á quienquiera que le oyese, con la intención nada velada de reemplazarla con una doctrina y unas prácticas que no dejarían en pie nada de aquella <sup>1</sup>. Cuanto más respeto manifestaba á la ley en sí misma, que *venía, no á destruirla, sino á darle cumplimiento* <sup>2</sup>, tanto menos temía á la famosa *tradición de los ancianos* <sup>3</sup>, de que se preciaban los Fariseos y Escribas. Tenía, pues, que levantar en contra suya á la masa del pueblo, á los doctores, y aquel sacerdocio escéptico que toleraba, si no es que favorecía un estado de cosas tan poco á propósito para aceptar al verdadero Mesías. Cristo había llegado á juntar algunos discípulos, en la Galilea, la Perea y Samaria, pocos é inseguros; pero en Jerusalén había encontrado siempre desconfianza y hostilidad. Indudablemente causaba allí, como en otras partes, fuertes emociones, y suscitaba á veces aplausos entusiastas; pero era cosa del momento. Y aun había tenido acogida principalmente entre la gente forastera, los viajeros que visitaban el Templo, los cuales no tardaban en olvidarse de las palabras que habían cido debajo del pórtico de Salomón ó en el atrio del Tesoro. Esto nos manifiesta claramente el Evangelio cuando consigna las preguntas que se hacían entre la muchedumbre acerca del divino Maestro. «¿*Á quién aclaman?*», se preguntaban cuando pasaba en su triunfal entrada el día de los Ramos. La respuesta es toda una explicación que los mejor informados daban á los que no le conocían: «*Es Jesús, el profeta de Nazareth en la Galilea*» <sup>4</sup>. Ya el re-

<sup>1</sup> ABELÉS LÉMANX : *Valeur de l'assemblée*, etc. . p. 28-29.

<sup>2</sup> MATTH., V, 17: «*Nolite putare quod veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere sed adimplere.*»

<sup>3</sup> MARC., VII, 5: «*Quare discipuli tui non ambulat juxta traditionem seniorum?*»

<sup>4</sup> MATTH., XXI, 10: «*Quis est hic?... Jesus propheta a Nazareth Galilee.*»

cuerto de otras festividades, en que había predicado y hecho milagros, estaba debilitado si no borrado en los que le habían admirado ú oído ponderar su sabiduría y poder. Los Galileos, sus amigos <sup>1</sup> comunicaban su ardor á los que encontraban; la turba, como acontece en casos análogos, se apiñaba para oír contar los prodigios, y de todo corazón hacía eco al ruido de las aclamaciones, escoltaba triunfalmente á Jesús de Bethphage á la ciudad, y engrosando con los pobres habitantes del arrabal de Ophel entraba en el Templo gritando: *¡hossanna!*, luego se dispersaba, y por la noche no quedaba ya nada en aquellas almas que volvían á caer en su habitual indiferencia <sup>2</sup>.

En esta situación se encontraban la mayor parte de ellos. Los israelitas de la dispersión, excepto pequeño número, vivían en cierta relajación de creencias y de prácticas, poco á propósito para unirse á los judíos de Jerusalén en la esperanza ardiente del Mesías. Aceptaban indudablemente las profecías, esperaban su cumplimiento, hasta lo creían próximo; pero ellos no llevaban el yugo romano que pesaba sobre sus hermanos de la Judea, ó, por lo menos, no era para ellos tan trabajoso; y, por consiguiente, no sentían tan apremiante necesidad de encontrar un libertador. El propio Moisés era para ellos un legislador remoto, cuyo ascendiente mermaba con el tiempo, sin que, á pesar de eso, las doctrinas rabinicas vieran tampoco gran acogida entre ellos <sup>3</sup>. Ante una agitación como la de Bethania, teniendo á la vista á Lázaro resucitado, no era difícil que se entusiasmaran un rato

<sup>1</sup> LUC., XIX, 37: «*Omnes turbae discipulorum.*»

<sup>2</sup> Léanse atentamente del capítulo XXI de S. MATEO los versos 1-14; del XI de S. MARCOS, los versos 1-11; del XIX de S. LUCAS, los versos 28-48; del XII de S. JUAN, los versos 11-30, particularmente el 34 y siguientes.

<sup>3</sup> CHAMPAGNY: *Rome et la Judée*, t. I, p. 110.



hasta el punto que en vista de tal manifestación dijeran los Fariseos: «*Mirad que todo el mundo se ca en pos de el* <sup>1</sup>.» Mas por la tarde hubiera sido fácil comprobar que aquella turba había perdido bastante de su entusiasmo y comenzaba á vacilar <sup>2</sup>, viéndose con un Mesías que no había echado por tierra la Torre Antonia y *dispersado á sus enemigos con el soplo de su boca*, según la palabra del Profeta <sup>3</sup>. Por lo demás, claro es que Jesús no se equivocaba. En el desierto había dicho expresamente que lo que les atraía era la multiplicación de los panes, el milagro en beneficio de sus necesidades materiales, más que la predicación de la Buena nueva <sup>4</sup>, y, como repara San Juan <sup>5</sup>, «*conociéndolos á todos*», el divino Maestro «*no se fiaba de ellos*» en medio de aquel entusiasmo para aclamarle Rey de Israel.

No tenían que esforzarse gran cosa los sacerdotes y doctores, para manejar aquella muchedumbre según el talante de sus propias pasiones. De lo que ellos recelaban, cuando discutían sobre la ocasión de prender á Cristo y quitarle la vida, era de la intervención romana en caso de una agitación popular, no del tumulto mismo: estaban ellos seguros de Jerusalén y sus alrededores, y contaban con todas las probabilidades de dominar el espíritu de los peregrinos que necesariamente formarían su opinión según las ideas predominantes en la metrópoli. Cuanto á los Galileos, su posible oposición no era muy de temer teniendo los adversarios del Nazareno asegurada la mayoría del

<sup>1</sup> JOANN., XII, 19: «*Ecce mundus totus post eum abiit.*»

<sup>2</sup> *Id.*, XII, 34 et seq.

<sup>3</sup> PSALM., LXVII, 2: «*Fugiant qui odierunt eum a facie ejus.*»

<sup>4</sup> JOANN., VI, 26: «*Queritis me... quia manducastis ex panibus et saturati estis.*»

<sup>5</sup> *Id.*, II, 23 25: «*Jesus non credebat semetipsum eis, eo quod ipse nosset omnes.*»

pueblo: aquellos debían considerarse como perdidos entre tanta muchedumbre, desarmados, desacreditados previamente, reos de gravísimos castigos en caso de fracasar, según recientemente lo habían experimentado <sup>1</sup>, y sin porvenir, aun admitiendo un éxito momentáneo. No estaba, pues, ahí el peligro para los enemigos de Jesús, sino en los Romanos, que no dejarían de intervenir, y no era fácil prever el partido que tomarían, una vez puesta mano en el asunto. En asegurándose por este lado, lo demás era fácil, con tal que hubiera tiempo de preparar el espíritu público para las medidas de rigor que se proyectaban contra el Nazareno, en lo cual se trabajaba sin miramiento ninguno á la justicia ni á la verdad.

Al comenzar el mes de Nisan del año 34, estaba Jesús envuelto en una red de calumnias para preparar la excomunión que se quería dictar contra él, con el fin de acabar de desacreditarle y hacer imposible la intervención de sus partidarios, heridos ó amenazados del mismo golpe. Pero se tenía cuidado de que los Romanos no se enterasen de tales proyectos, cuyo éxito era tanto más seguro, cuanto más de improviso se ejecutaran, como medida que las circunstancias imponían; medida legal y legítima, y, por tanto, imposible de contrarrestar aunque se quisiera. Vamos á ver que el plan de los sacerdotes y los Fariseos no era desatinado.

De este modo Jerusalén era la ciudad predispuesta para dar muerte á su Redentor. Sentíase correr en la atmósfera aquel soplo de fanatismo que conocen los extraviados adorantes en las *ciudades santas* de Oriente los días de las grandes solemnidades, cuando las turbas se ponen inflamadas por las excitaciones de los iluminados

<sup>1</sup> *Luc.*, XIII, 1: «*Galilei quorum sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum.*»

más aún que por los rayos de un sol abrasador. Desde lo alto de la torre *Antonia*, los centinelas contemplaban, pensativos é inquietos, el movimiento febril de los sacerdotes y del pueblo: el procurador, que el día antes había llegado con una nueva cohorte de la legión duodécima, la que sería conocida en la historia con el nombre de *fulminante*<sup>1</sup> se preguntaba á sí mismo dónde iría á caer el rayo que le habían puesto en sus manos. Mas en concepto de todos, era muy evidente que la atmósfera estaba tempestuosa, y que no podía tardar el rayo en romper la nube, extendida cual sombrío velo sobre la ciudad, *que mataba á los profetas y apedreaba á los que le eran enviados*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Entonces, *fulminata*. Era el sobrenombre de la legión *duodécima bis*, acantonada habitualmente en Cesarea, y que daba la guarnición á Jerusalén. Después del sitio del año 70 fué enviada á Melitene, de donde tomó el nombre de *Melitina*, que llevaba bajo el reinado de Marco Aurelio, antes de llamarse *fulminante*.

<sup>2</sup> MATTH., XXIII, 37: «*Jesusalem que occidis prophetas et lapidas eos qui ad te missi sunt.*»

## CAPÍTULO II

## JESÚS EXCOMULGADO POR EL SANHEDRÍN

Jam enim conspiraverant Judaei, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra synagogam fieret.

JOANN., IX, 22.

Rabbi, nunc quaerebant te Judaei lapidare, et iterum vadis illuc?

Id., XI, 8.

No puede haber, tal vez, una idea menos aceptable, á primera vista, que el poner fuera de la ley al Salvador, el que pronuncien contra él una excomunión á sangre fría, con toda la calma de la reflexión y todas las formas de un proceso regular. Para el mayor número de nosotros, la muerte de Jesús es, sin duda, la consecuencia de un odio alimentado por largo tiempo en silencio y entre las sombras, y que se manifiesta abiertamente en el consejo que se celebró á consecuencia de la resurrección de Lázaro, y se desata sin miramientos la noche del Jueves Santo; pero la sentencia del Sanhedrín, ratificada por Pilatos, no aparece, á primera vista, que tuviera trámites oficiales. Aprovechando la ocasión que la traición de Judas les proporcionaba, los Fariseos y Escribas sorprendieron á su víctima, amotinaron al populacho, arrancaron el consentimiento al Procurador, y consumaron el decidio, con una rapidez que atenúa su horror disminuyendo la responsabilidad de los culpables, más apasionados que reflexivos. Los jueces se han guiado por un movimiento de